

Entrevista al escritor Carlos Carrión

Luis Carlos Mussó



1. De profesor normalista en Cariamanga a doctor en letras por la Complutense, ¿cuánto modifica la visión de la literatura la formación académica?

R. Primero tengo que diferenciar entre el aprendiz de escritor que soy y el profesor que fui: al principio en una escuela unitaria con cien alumnos desahogados en la frontera

sur ecuatoriana y luego en la Universidad Nacional de Loja, con muchos menos y más tranquilos.

Desde el primer punto de vista, la formación académica supuesta no ha modificado nada esa visión o casi nada; puesto que, más que ella, lo han hecho las novelas y los cuentos que he leído con pasión, la existencia de las mujeres hermosas

⇐—————→
Doble sentido

imposibles y la música de Mozart, Schumann, Charlie Parker... Desde el segundo punto de vista, tal vez hizo más dicha formación. O, por lo menos, me dio la conciencia de la complejidad del objeto literario y la de su análisis; pero parando a tiempo, eso sí, puesto que esa complejidad bien puede destruir una obra. O, siquiera, su seducción de muchacha de tinta y papel, tan quebradiza como la de las otras.

2. ¿Es el escritor necesariamente el mejor lector de sus obras?

R. Para mí es el peor. El mejor lector tal vez no exista. O acaso sea la suma de todos los lectores. Además, con respecto a mis libros, sé que hay otros, mucho mejores; por tanto sería un completo desperdicio de tiempo leer aquellos y no estos, que es a lo que me dedico cuando dejo de escribir.

3. ¿Qué le ofreció Europa? ¿Qué elementos aportan esos recorridos suyos en la década de los setenta?

R. Suponiendo que Madrid fuera Europa, como llegué en el invierno

de 1973, lo primero que me ofreció fue el pensamiento de que moriría de frío. Después, cuando supe que no moriría, me puse a estudiar literatura. En dichos estudios, los capos de entonces eran Roland Barthes, Julia Kristeva, cuya foto de la solapa de sus libros enamoró a Raúl Elvir, un lingüista tímido, Tzvetan Todorov y los formalistas rusos...

Me dio también el deslumbramiento de todos los libros del mundo. El estupor imborrable del "caso mil uno"; es decir el condenado a muerte, en tiempos de paz, por parte de Franco que llevaba ese número, en la imparable carrera de muertos del dictador. Por supuesto, después de los 150.000 por cuenta de la represión, trabajos forzados y cárceles. Y, más aún me asombró, la llegada de Bada-joz a Madrid del verdugo, un hombre inocente, buen padre y excelente amigo, que fue la mejor noticia del ABC de entonces. Eso revolvió mi rechazo a todos los tiranos de la tierra. Un rechazo que sin duda viene de mi infancia reducida a tres miedos macizos: a mi padre, al profesor de tercer grado y a la niña más linda del pueblo.

Me dio la extraña imagen de los dedos de Camilo José Cela, tan blandos que apenas podían tomar un bolígrafo para firmar un libro. Los dientes de asno carnívoro de Mario Vargas Llosa en la presentación de *Pantaleón y las visitadoras*. Y a Borges, indiferente y ciego a su propio alboroto, que llenó la sala magna del Instituto de Cultura Hispánica. Me dio asimismo a María Zambrano y ella “la utopía como belleza irrenunciable”, y a Pedro Salinas, en cuya poesía reverberan las intuiciones más bellas y audaces del corazón del hombre y del idioma castellano.

Esa supuesta Europa me dio además la nostalgia de Madrid, que me sigue a todas partes. Un repetido fin de semana en París, otra nostalgia irremediable. Y, quizá por primera vez, la conciencia de una partícula del ancho y ajeno mundo agregada a mí o yo a esa partícula. Además la sensación de que la distancia es una especie de tiempo que se agrega al tiempo y nos impone el olvido con una extraña autoridad que no tiene el tiempo solo. Y, por supuesto, me dio a mi mujer.

4. ¿De qué manera se dosifica el eros en su narrativa?

R. Ese eros quizá no sea más que la flor de la sensualidad del idioma literario. Como le ocurrió al barro sencillo con que Dios formó al hombre, los animales y las cosas, el momento en que formó a la mujer. O quizá sea cosa de la adolescencia eterna que es, para toda la vida, la edad de un escritor. Y, en cuanto a su dosificación, no la hago yo, sino el gotero de las glándulas de los mismos personajes.

5. Partiendo de la economía del género, ¿de qué manera se apuntalan los ingredientes que consolidan la estructura del cuento?

R. Como los ingredientes infernales de una granada de mano, con la argolla del seguro más insegura que nunca. Reunidos y apretados y a punto de estallar en la vida o en la muerte del texto. Es decir con todo su fragor cargado de silencio. Y, encima, el silencio de los lectores. Pero eso tan solo se logra rarisimas veces. Por ejemplo en “A la deriva” de Horacio Quiroga; en “La

intrusa” de Borges; en “La mano” de Maupassant; en “Continuidad de los parques” de Cortázar; en “Tristeza” de Chejov...

6. Cree usted que Pablo Palacio sigue siendo referente para el nuevo relato nacional.

R. No para mí.

7. Pienso en *Porque me da la gana*, ¿qué animó al autor a construir ese universo a los 25 años?

R. Más que libro es una pequeña vergüenza literaria; no por los temas ni cosa parecida, sino por lo mal escrito que está. Si Hemingway, hablando de los suyos, decía que cada libro escrito era un león muerto, lo más que yo podría decir de los míos sería que son un perro muerto. Más aún refiriéndome a ese primer libro mío: tan lejano, tan mío y tan aprendiz.

8. Diez años más tarde se publican *Ella sigue moviendo las caderas* y *Los potros desnudos*.

R. Los dos son el mismo perro muerto.

9. A pesar de la tradicional seriedad de nuestra literatura, usted incorpora el humor a sus obras, ¿cuánto importa este elemento a la hora de imaginar un libro?

R. El humor es solo el retorno a la infancia perdida para siempre, edad en la cual el humor es una forma natural e inocente de vivir el comienzo de la vida, que sin duda es toda la vida. En particular hablando de literatura; quiero decir de la mía. O, por lo menos, lo sueño así. Y, por supuesto, eso no importa a la hora de imaginar un libro, sino, tal vez, el momento en que la vida, que nunca dejará de ser tragicómica, imagina ese libro.

10. Se consolida su estilo con *El más hermoso animal nocturno* y *El corazón es un animal en celo*. ¿Cree usted que la solvencia viene de la praxis continua o a qué se la adjudica?

R. La literatura es un oficio como el del sastre o el del jardinero y es posible que del mucho desvelo en confeccionar camisas y en cuidar flores, esos objetos podrían quizá acercarse a su perfección. Sin embargo, no hay que olvidar que las

camisas que elabora el escritor son de once varas y sus jardines son jardines en el aire.

Imagino, por tanto, que el estilo es más bien una inexperiencia interminable. Se debe aprender cada vez, en cada historia o párrafo que se escribe, como se aprende el amor que no se aprende nunca. Esto porque, con los años que pasan, el escritor se vuelve más responsable.

11. En cuanto a la novela, ¿qué tiene ésta que no posee el cuento?

R. Recuerdo la madrileña calle Montera de 2004: la calle de las rumanas de alquiler con su recua de hombres merodeándolas. Pues bien, a ese lugar de perdición iban, furtivas o envidiosas de la recua, las mujeres honradas, para ver qué tenían las rumanas que no tuvieran ellas. Y, creo que por más que las miraban de arriba abajo, secas y lúbricas, se iban a casa sin saber la verdad. O era que no querían admitir que era su erudición en las ciencias de la cama, que a lo mejor no se veía por parte alguna.

De modo semejante, podría decir el cuento ¿qué tiene la novela que no tengo yo?; sobremanera amparado en Jorge Luis Borges. La verdad es que ambos objetos cuentan una historia: uno con pocas palabras y otra con muchas. Pero, claro, ese concepto, tan simplista, deja intocada la erudición en las ciencias de la cama de contar.

12. Tras *El deseo que lleva tu nombre*, otra de sus novelas, *Una niña adorada*, dirige su propósito a retomar el mito de Lolita, ¿Cómo mide el autor la recepción de sus obras?

R. Acaso su protagonista no sea exactamente una Lolita; lo es más la chica de *La mantis religiosa*. Dueña de su nombre y del poder de Dios de fundir al hombre de bronce de una plaza, con caballo y todo. Es más: todos los hombres llevamos una Lolita en el corazón. Usted, ¿no?

Respecto a la recepción de mis obras, yo no la puedo medir. Una novela es una botella al mar de los lectores. Incluso si llegara a muchos puertos, eso no probaría nada.

13. Sus títulos, no solo de sus colecciones de cuentos, sino de los cuentos individuales, son una muestra de ingenio, ¿cuán complejo es para usted hallarlos?

R. Usted es muy generoso al hablar así; sin embargo, son solo títulos de cuentos, tal vez con un poco de suerte. El encontrarlos es un trabajo posterior al de la escritura. Lleno páginas y páginas con posibles títulos; luego, los reviso uno por uno y los destruyo a todos, sin contemplaciones. Empiezo otra vez y acabo igual. Por último, los que sobreviven, que son bien pocos, se los doy a mi mujer y escoge uno. Pero, las más de las veces, ella le ha agregado algo o le ha quitado. O mucho. Cuando mi mujer está muy ocupada, recorro a una vecina sabia.

14. ¿Debe un autor leer a sus coetáneos y contemporáneos?

R. Un escritor debería leerlos y leer todo, y rezarle a algún santo de su devoción como Marilyn Monroe; sin embargo, leo poco a mis coetáneos. La razón: ellos escriben mejor que yo y eso me chinga mogollón, como dicen en España. Más sereno leo a

Margarita Yourcenar y Clarice Lispector, cuya superioridad femenina amo, más coetáneas y contemporáneas que nadie. A Juan Carlos Onetti, a Pedro Salinas, a María Zambrano...

15. Divierte y asusta *¿Quién me ayuda a matar a mi mujer?* ¿Qué representan los premios concedidos a varios de sus libros de corto y largo aliento?

R. Ese es un libro de humor y ese susto es un error mío. Además, usted sabe, hay maneras de matar a una mujer y dejarla más viva que nunca; aparte de que ellas son inmortales, por supuesto.

Los premios son un dulce en la boca, nada más ni nada menos. El mejor premio sería poder vivir de los libros que uno escribe. Es una ironía poder hacerlo a cambio de unas clases, con todo lo torpes y librescas que pudieran ser, y no de una novela. Novela que es la invención del silencio absoluto, solo para escuchar el rumor de una mujer en el primer lunes de la creación, todavía incapaz de hacer llorar a un hombre, pero ya dotada de ese poder, en complicidad con la belleza, que es suya para siem-

pre jamás. Novela que es la entrega de toda la vida y sabiduría de un hombre y otra más que él se inventa. Novela que es, acaso, lo mejor de ese hombre. Como animal humano y como escritor.

Esperando, claro está, que el silencio aludido pudiera ser llenado con las palabras de una mujer de palabras, tan corazón duro como las otras. O con las que representen cualquier forma de la condición humana.

16. Hernán Rodríguez Castelo afirma que Carlos Carrión lleva al lector adonde le plazca. ¿Considera dichas palabras un reconocimiento o un acicate para nuevos proyectos?

R. Rodríguez Castelo es un padre para mí y un padre jamás habla mal de sus hijos. Sin embargo, tengo la sospecha de que, al decirlo, los lectores, en lo mal pensados que son, incluido usted, pudieran entender que yo podría llevarlos por malos caminos. En especial si recurren al refrán español que dice: “Piensa mal y acertarás”. Aunque, la verdad, también podría defenderme de eso con otro refrán de la misma proce-

dencia: “Cuando no hay calor en el nido, lo busca afuera el marido” Y, ya que estamos de refranes españoles, aquí van cuatro más: “Un sabio y un tonto saben más que un sabio solo”. “La mujer hace el amor cuando quiere y el hombre cuando puede”. “Cuando pases por la tierra de los tuertos, cierra un ojo”. “Cuanto más grande es la cabeza, más grande la jaqueca”.

Ud. me dirá ¿qué tienen que ver esos refranes con mi pregunta? Y yo le diré: la verdad, nada.

17. ¿Adónde lo dirigen sus empeños actuales?

R. En 2004 viajé a Madrid y otras ciudades españolas a buscar emigrantes ecuatorianos para contar sus historias. Con tal objeto, comí en comedores para indigentes y viví en albergues para pobres; esto último en una habitación junto con dos kenianos, dos palestinos, un ucraniano y un rumano. Y he escrito una heptalogía sobre dicho fenómeno social y humano. De ella solo se han editado *La utopía de Madrid* y *La mantis religiosa*. Así que, si usted sabe de algún bienaventurado editor que pudiera

darme una mano con las cinco novelas restantes, sería fantástico el hacérmelo saber. Sus títulos provisionales son *La ciudad que te perdió*, *Un bacano en Nueva York*, *El tren de los amantes*, *La vedet de*

la calle Valverde y *Pájaros de alto vuelo*. O, si no es posible eso, al menos participeme la noticia de algún concurso de alto vuelo en cuyo jurado hubiera un par de panas entrañables. Ja ja ja.

* **Carlos Carrión.** Escritor ecuatoriano. El escritor lojano se ha convertido en un referente de la literatura latinoamericana. Ha escrito alrededor de 40 libros, de ellos 20 se han publicado. Fue profesor en algunas instituciones educativas, con un mayor tiempo en la Universidad Nacional de Loja.

* **Luis Carlos Mussó.** (Guayaquil, 1970)¹ es un poeta y novelista ecuatoriano. Ha publicado más de una decena de libros de poesía. Entre los reconocimientos y premios que ha obtenido destacan el Premio Nacional de Poesía César Dávila Andrade por su poemario *Propagación de la noche* (2000), el primer lugar en el Concurso Nacional de Literatura de 2007 por su libro *Evohé*.